

—¡No, no, no!

¿Por qué no? Vuelvo al lado de Owen y les esplico lo que quiero hacer, pero me responde más enérgicamente que antes que no quiere beber de aquella agua.

Trato entonces de provocar los vómitos del desgraciado excitando sus fauces con un pedazo de madera y pronto vomita materias azuladas. Es evidente que Owen está envenenado con sulfato de cobre, con caparrosa, y que no es posible salvarle.

Pero ¿cómo se ha envenenado? Los vómitos le producen algún alivio. Puede al fin hablar; el capitán y yo le preguntamos:

No trataré de describir la impresión que ha producido en nosotros la respuesta de este desdichado.

Owen impulsado por una sed atroz ha robado algunos cuartillos de agua de la barrica intacta. El agua de esta barrica está envenenada.

XLIII.

MUERTE DE OWEN.—NO TENEMOS AGUA.—
DESCOMPOSICION DEL CADAVER.—LA SED.
BAÑOS DE MAR.—HAY EN EFECTO UN BU
QUE A LA VISTA —EL PAÑUELO DE MISS
HERBEY.—¡VIRA!—SE ENCIENDE FUEGO.
—EL BUQUE TOMA OTRAS AMURAS.

Del 11 al 14 de Enero.

Owen ha muerto durante la noche entre sacudidas tetánicas que han llegado á un alto grado de violencia.

Es demasiado cierto. La barrica envenenada ha contenido en otro tiempo caparrosa: el hecho es evidente. Ahora, ¿por qué fatalidad esa barrica ha sido convertida en depósito de agua y por qué fatalidad más deplorable todavía ha

sido escogida para embarcarla en la balsa?.....

Poco importa; lo cierto es que ya no tenemos agua.

El cuerpo de Owen ha debido ser arrojado al mar porque ha entrado inmediatamente en descomposición. El contra-maestre no habría podido cebar sus anzuelos con carnes que no tenían ya ninguna consistencia. La muerte de este miserable ni siquiera nos ha sido útil.

Todos nosotros conocemos la situación tal como es y permanecemos en silencio. ¿Qué podríamos decir? Por otra parte nos es penoso oír el sonido de nuestras propias voces; nos hemos vuelto muy irritables y vale más que no hablemos porque la menor palabra, una mirada, un gesto, pueden provocar movimientos de rabia que sería imposible contener. No comprendo como no nos hemos vuelto locos ya.

El 12 de Enero no hemos recibido ración ninguna de agua porque la última

gota se había consumido el día antes. No hay una nube en el cielo que pueda dar un poco de lluvia, y un termómetro centígrado marcaría cuarenta grados á la sombra, si hubiese sombra en la balsa.

El 13 la misma situación. El agua del mar comienza á roerme los piés hasta la carne pero apenas me cuido de esta circunstancia. En cuanto á los que están ya afligidos de este mal, no van peor.

¡Ah! esta agua que nos rodea, cuando pienso que evaporándola ó solidificándola podríamos hacerla potable! Reducida á vapor ó á hielo, no contendría una molécula de sal y podríamos beberla, pero no tenemos aparatos para hacerlo.

Hoy, á riesgo de ser devorados por los tiburones, se han bañado el contra-maestre y dos marineros: este baño les proporciona algún alivio y les refresca en cierto modo. Tres de nuestros compañeros y yo que apenas sabemos nadar nos hemos atado á una cuerda y hemos estado media hora en el mar. Durante

este tiempo Roberto Kurtis vigilaba las aguas y por fortuna ningún tiburón se ha aproximado. A pesar de nuestras instancias y de sus padecimientos, miss Herbey no ha querido seguir nuestro ejemplo.

El 14 hácia las once de la mañana el capitán se acerca á mí y me dice en voz baja y al oído:

—No haga usted ningún movimiento señor Kazallon. Puedo engañarme y no quiero causar á nuestros compañeros un nuevo desengaño.

Miro á Roberto Kurtis:

—Esta vez, me dicé, acabo de ver realmente un buque.

El capitán ha hecho bien en prevenirme porque no habria sido dueño de mi primer movimiento.

—Mire usted, añade, allí por babor un poco hácia atrás.

Me levanto afectando una indiferencia que estoy muy lejos de tener y recorro

el arco del horizonte indicado por Roberto Kurtis.

Mis ojos no son los de un marino pero distingo vagamente un buque que navega á la vela.

Casi al mismo tiempo el contramaestre, cuyas miradas hácia un instante se dirigían hácia aquel lado, grita:

—¡Buque!

La presencia del buque señalado no produce inmediatamente el efecto que hubiera debido esperarse. No excita ninguna emoción, ya que no se quiera creer en ella, ya que se hayan agotado las fuerzas. Así es que nadie se mueve; sólo después que el contramaestre ha repetido varias veces: ¡buque buque! se fijan todas las miradas en el horizonte.

Esta vez el hecho es innegable. Vemos perfectamente ese buque inesperado. ¿Nos verá él?

Entre tanto los marineros tratan de reconocer la forma y dirección del buque y sobre todo ésta última.

Roberto Kurtis, después de haber observado con el mayor cuidado dice:

— Es un bergantín que corre con amuras á estribor. Si se mantiene durante dos horas en esta dirección cortará necesariamente nuestro camino.

¡Dos horas! dos siglos. ¡Pero la dirección del buque puede cambiar de un momento á otro tanto más cuanto que en esa marcha tan cerrada es posible que esté dando bordadas para tomar viento. Ahora bien, si así es, terminadas aquellas, tomará sus amuras á babor y se alejará. Ah, si marchase viento en popa ó á lo menos á velas desplegadas tendríamos el derecho de esperar.

Es preciso, pues, hacer que nos vean desde el buque. Es necesario á toda costa darle noticia de nuestra existencia. Roberto curtis manda emplear todas las señales posibles porque el bergantín está todavía á doce millas al Este y nuestros gritos no podrían ser oídos. No tenemos ninguna arma de fuego cuyas detonacio-

nes puedan atraer la atención; izaremos pues, un pabellón cualquiera al extremo del mástil. El pañuelo de miss Herbey es encarnado, color que se destaca más sobre los horizontes del mar y del cielo.

Izamos el pañuelo de miss Herbey y una ligera brisa que arruga en este momento la superficie de las olas desarrolla sus pliegues. De cuando en cuando ondea y nuestros corazones se llenan de esperanza. Cuando un hombre se ahoga, sabido es con qué energía se agarra al menor objeto que le presenta un punto de apoyo. El pabellón es el objeto para nosotros.

Durante una hora hemos pasado por mil alternativas. El bergantín se acerca evidentemente á la balsa, pero á veces parece que se detiene y nos preguntamos si va á virar de bordo.

¡Qué lentamente marcha! Lleva sin embargo sus sobrejuanetes y sus velas de estai desplegadas, y su casco es casi visible sobre el horizonte. Pero el viento es

débil y si todavía se encalma más... ¡Dáramos años de existencia porque hubiese pasado ya una hora.

El contra maestre y el capitán calculan hacia las doce y media que el bergantín está todavía á nueve millas de la balsa. No ha ganado, pues, más que tres millas en el espacio de hora y media; apenas si la brisa que pasa sobre nuestras cabezas llega hasta él. Me parece ahora que sus velas no se hinchan y que cuelgan á lo largo de los palos. Miro á barlovento si se levanta alguna brisa pero las olas están como adormecidas y la ráfaga que nos ha dado tanta esperanza espira á poca distancia de la balsa.

Me he situado á popa cerca de los Letourneur y de miss Herbey y nuestras miradas van incesantemente del buque al capitán. Roberto Kurtis permanece inmóvil á popa apoyado en el mástil teniendo al contra maestre á su lado. Sus ojos no se separan un instante del bergantín y leemos en sus rostros, que no

pueden permanecer impasibles, todas las emociones que experimentan. Ni una palabra se ha pronunciado hasta el momento en que el carpintero Daoulas exclama con un acento imposible de describir:

—¡Vira!

Toda nuestra existencia se halla en este momento en nuestros ojos. Nos enderezamos, los unos sobre las rodillas, los otros sobre un pié. Un juramento formidable se ha escapado de la boca del contra maestre: el buque está todavía á nueve millas de nosotros y desde esa distancia no ha podido ver nuestra señal. La balsa no es más que un punto del espacio perdido en una intensa irradiación de los rayos solares. No se la puede ver; no se la ha visto. El capitán de ese buque quien quiera que sea, si nos hubiese visto ¿tendría la inhumanidad de huir sin venir á socorrernos? No, eso es inadmisibile. No nos ha visto.

—¡Fuego! ¡humo! exclama Roberto Kurtis. Quememos las tablas de la balsa

amigos míos. Es el único recurso que nos queda para que nos vean.

Se disponen algunas tablas á proa para que formen una hoguera. Se las enciende no sin trabajo porque están húmedas; pero esta humedad hará el humo más espeso y por consiguiente más visible. Pronto una columna negruzca sube recta por el aire. Si fuese de noche, si la oscuridad llegara antes que el bergantín hubiese desaparecido, las llamas de nuestra hoguera serían visibles aun á la distancia que de él nos separa.

Pero las horas pasan y el fuego se apaga.

En circunstancias semejantes, para someterse á la voluntad divina, es preciso un poder sobre sí mismo que yo no tengo en este momento. No, no puedo tener confianza en ese Dios que aumentó lo terrible de nuestras pruebas con alternativas de esperanza. Blasfemo como ha blasfemado el contramaestre...Una débil

mano se apoya sobre mí y miss Herbey me muestra el cielo.

Pero esto es demasiado. Yo no quiero ver nada, me recojo debajo de la vela y me oculto y los sollozos se escapan de mi pecho.

Entre tanto el buque ha tomado otras amuras; después se aleja lentamente hacia el Este y al cabo de tres horas, la vista más penetrante no podría descubrir sus altas velas por cima del horizonte.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

XLIV.

NUBES AL OESTE.—TIBURONES.—DIFERENTES PUNTOS DE VISTA.—SE INTENTA LA PESCA.—ANZUELO DE NUEVA ESPECIE.—LA PRESA SE ESCAPA.

15 de Enero.

Después de este último golpe no tenemos ya que esperar más que la muerte, la cual será más ó menos lenta, pero vendrá sin duda.

Hoy se han levantado nubes hacia el Oeste y nos han traído algunas bocanadas de viento, por lo cual la temperatura se ha hecho un poco más soportable, y á pesar de nuestro estado de postración, experimentamos esta buena influencia. Mi garganta aspira un aire menos

seco. Pero desde la pesca del contra-maestre, es decir, desde hace siete días, no hemos comido. No hay nada en la balsa; ayer he dado á André Letourneur el último pedazo de bizcocho que su padre había conservado y que me ha entregado llorando.

Desde ayer el negro Jynxtrop ha podido desembarazarse de sus ligaduras y Roberto Kurtis no ha mandado que le vuelvan á atar.

¿Para qué? Ese miserable y sus cómplices están debilitados por tan largo ayuno. ¿Qué podrían intentar ahora?

Hoy se presentan muchos tiburones de gran tamaño y vemos sus grandes aletas negras hendir las aguas con extrema rapidez. No puedo menos de considerarlos como ataúdes vivos que pronto encerrarán nuestros miserables restos; así en vez de asustarme me atraen. Se acercan hasta rozar los bordes de la barca y uno de estos monstruos ha estado á punto de

morder el brazo de Flaypol que colgaba hácia afuera.

El contraмаestre con los ojos fijos y desmesuradamente abiertos, los dientes apretados que se muestran bajo sus labios levantados, considera los tiburones bajo un punto de vista diferente del mío. Quiere devorarlos y no ser devorado por ellos. Si pudiera coger uno, no haria ascos á su carne coriácea. No, ni nosotros tampoco.

El contraмаestre va á intentar el golpe y aunque no tiene ganchos que pueda fijar á una cuerda, sabrá fabricarlos. Roberto Kurtis y Daoulas han conocido su intención, conferencian y lanzan los extremos de algunas berlingas ó de cuerdas, á fin de retener los escualos alrededor de la balsa.

Daoulas ha ido á tomar su martillo de carpintero del cual piensa hacer un anzuelo. Ya por la parte cortante, ya por la punta opuesta, es posible que este instrumento se enrede entre las mandíbulas

de un tiburón si se le traga, y en cuanto al mango que es de madera se puede fijar á un fuerte cabo atado á uno de los montantes de la balsa.

Nuestro deseo está sobreexcitado por estos preparativos y nos consume la impaciencia. Por todos los medios posibles llamamos la atención de los tiburones que ya no huyen.

El anzuelo está pronto pero no hay nada para cebarlo. El contraмаestre que va y viene por la balsa hablándose á sí mismo, registra todos los rincones y parece como si buscara un cadáver entre nosotros.

Es preciso, pues, recurrir al medio que ya he usado en otra ocasión y el hierro del martillo queda envuelto en un pedazo de lana roja cortado nuevamente del pañuelo de miss Herbey.

Pero el contraмаestre no quiere proceder sin todas las precauciones posibles. ¿Está el anzuelo sólidamente atado? ¿re-

sistirá la amarra contra las sacudidas? ¿Es bastante sólido el montante? El contra maestre examina todos estos puntos importantes y una vez satisfecho deja caer su máquina entre las olas.

La mar está trasparente y se distingue fácilmente un objeto á cien pies debajo de su superficie. Veo bajar el anzuelo empaquetado en el trapo rojo, cuyo color se destaca claramente sobre la masa azul de las aguas.

Pasajeros y marineros estamos inclinados sobre el parapeto guardando profundo silencio. Pero parece que los tiburones, desde que se ha ofrecido este cebo á su voracidad, han ido desapareciendo poco á poco. Sin embargo, no pueden estar lejos, y toda presa, cualquiera que fuese que cayese en este sitio, seria devorada en un instante.

De repente el contra maestre hace una señal con la mano, mostrando una enorme masa que se dirige hácia la balsa, rozando la superficie del mar. Es un tibu-

rón de doce pies de largo que ha dejado las aguas profundas y nada hácia nosotros en linea recta.

Cuando el animal está á cuatro varas de la balsa el contra maestre retira suavemente la cuerda para poner á su paso el anzuelo é imprime al trapo rojo un ligero movimiento, que le dá la apariencia de un objeto vivo.

Siento latir mi corazón con extrema violencia, como si mi vida fuera á jugarse en aquel golpe.

— El tiburón se acerca; sus ojos, inyectados, brillan en la superficie de las aguas, y sus mandíbulas, desmesuradamente abiertas, muestran, cuando se vuelve su paladar guarnecido de dientes agudos.

Se oye un grito... el tiburón se detiene y desaparece en la profundidad de las aguas. ¿Quién es el que ha lanzado ese grito involuntario, sin duda? En aquel momento el contra maestre se levanta pálido de coraje, y dice:

—¡Al primero que hable le mato!
Después vuelve á su tarea.

En resumidas cuentas, tiene razón el
contraamaestre.

Vuelve á bajar el anzuelo; pero duran-
te media hora ningún tiburón se presen-
ta y es preciso sumergirle hasta veinte
brazas.

Parece entonces que á esta profundi-
dad las aguas se enturbian, lo cual indi-
ca la presencia de los tiburones.

En efecto, la cuerda experimenta de
repente una violenta sacudida y se esca-
pa de las manos del contraamaestre, pero
retenida sólicamente á los montantes, no
ha podido caer toda al agua.

Un tiburón ha mordido el anzuelo y
está preso en él.

—¡Aquí, muchachos, aquí! exclama el
contraamaestre.

Inmediatamente pasajeros y marineros
nos ponemos todos á tirar de la cuerda.
Nuestras fuerzas se reaniman con la es-
peranza, pero apenas bastan, porque el

mónstruo se agita violentamente. Todos
halsmos á una vez; poco á poco las capas
superiores del mar se agitan con los mo-
vimientos enérgicos de la cola y de las
aletas pectorales del tiburón, y al incli-
narme veo su enorme cuerpo en medio
de las olas ensangrentadas.

—¡Arriba, arriba! grita el contraamaes-
tre.

En fin, sale de las aguas la cabeza del
animal. Por sus mandíbulas entreabier-
tas el anzuelo ha penetrado hasta el fon-
do de la garganta, y allí se ha engancha-
do, sin que ninguna sacudida haya podi-
do desprenderlo. Daoulas coge un hacha
para acabarlo cuando esté al nivel de la
plataforma.

En aquel instante se oye un ruido se-
co. El tiburón ha cerrado violentamen-
te sus mandíbulas y ha cortado el mango
del martillo, desapareciendo bajo las
aguas.

Un ahullido de desesperación ha salido
de nuestros pechos.

El contramaestre, Roberto Kurtis, Daou-
las, han tratado otra vez de coger uno
de los tiburones aun sin tener anzuelo ni
útiles para fabricarlos. Lanzan cuerdas
de nudos corredizos, pero estos lazos se
escurren sobre la piel viscosa de los es-
cualos. El contramaestre llega hasta el
punto de intentar atacarles dejando su
pierna desnuda fuera de la balsa á ries-
go de que una dentellada se la ampute.
Por último cesan estas infructuosas ten-
tativas y todos volvemos á nuestro sitio,
para esperar en él una muerte que ya no
es posible evitar.

Pero yo no me alejo tan de prisa que
no haya podido oír al contramaestre de-
cir á Roberto Kurtis:

Capitán, ¿cuándo echamos suertes?

Roberto Kurtis no ha respondido, pe-
ro la cuestión está planteada.

XLV.

PADECIMIENTOS. — LLUVIA BENEFICA. — SE
RECOGE EL AGUA EN LA BARRICA Y EN
LAS VELAS. — LA DE LAS VELAS SE PIER-
DE.

16 de Enero.

Estamos todos tendidos sobre las velas:
la tripulación de un buque que pasara
creería ver una balsa cubierta de muer-
tos.

Padezco horribilmente. En el estado
en que se encuentran mis labios, mi len-
gua y mi garganta, ¿podría comer? No
lo creo. Y sin embargo, mis compañeros
y yo nos dirigimos mutuamente miradas
feroces.

El calor hoy es tanto más fuerte cuan-

to que el cielo está tempestuoso. Hay gruesos vapores que se levantan, pero me parece que puede llover en todas partes menos en esta balsa.

Sin embargo, todos miramos subir las nubes con avidez. Nuestros labios se tienden hacia ellas y Mr. Letourneur levanta las manos suplicantes hacia el cielo despiadado.

Oigo algunos truenos lejanos que anuncian la tempestad. Son las once de la mañana y los vapores han ocultado los rayos solares, pero ya no tienen apariencia eléctrica. Es evidente que la tempestad no estallará, porque la masa de vapores ha tomado un color uniforme, y sus contornos, tan claramente marcados al nacer el día se han fundido en un conjunto gris, no constituyendo más que niebla.

¿Pero la lluvia no puede desprenderse de esa niebla, aunque sea en corta cantidad, aunque no sea más que algunas gotas?

—¡Llueve! grita de repente Daoulas.

En efecto, á media milla de la balsa el cielo está rayado de nubes paralelas; cae la lluvia y veo las gotas rebotar sobre la superficie del Océano. El viento que ha refrescado la trae hacia nosotros. ¡Con tal que esa nube no se agote antes de haber pasado sobre nuestras cabezas!

Dios se apiada, en fin, de nosotros: la lluvia cae copiosamente despidiendo esas gotas gruesas como las que suelen caer de las nubes tempestuosas. Pero el chaparrón no durará y es preciso recoger toda el agua que pueda dar, porque ya un vivo rostro de luz inflama la nube por su extremo inferior sobre el horizonte.

Roberto Kurtis manda levantar la barrica rota de manera que recoja la mayor cantidad de agua posible y se desplegan las velas para recibir la lluvia en mayor superficie.

Estamos tendidos de espaldas y con la boca abierta. El agua riega mi rostro y mis labios, y siento que se introduce

hasta mi garganta. ¡Placer inexplicable! Es la vida que vuelve á animarnos; las mucosas de mi garganta se lubrican con este contacto y respiro al mismo tiempo que bebo esta agua vivificante, que penetra hasta lo mas profundo de mi ser.

La lluvia ha durado unos veinte minutos y después la nube, medio agotada, se ha fundido en el espacio.

Nos hemos levantado mejores, sí, mejores. Nos estrechamos las manos, nos hablamos; parece que nos hemos salvado. Dios en su misericordia nos enviará otras nubes que nos traigan mas agua, ya que por tanto tiempo hemos estado privados de ella.

Además, la que ha caído en la balsa no se perderá atentamente. La barrica y las velas la han recogido, pero será preciso conservarla preciosamente y no distribuirla más que gota á gota.

En efecto, la barrica ha recogido cuatro ó seis cuartillos, y exprimiendo la

y exprimiendo la que han empapado las velas podremos acrecentar nuestra reserva en cierta medida.

Los marineros van á proceder á esta operación, cuando Roberto Kurtis les detiene con un ademán.

—¡Un instante! ¿Es potable esa agua?

Le miro: ¿por qué esta agua que es de lluvia no sería potable? Roberto Kurtis exprime en la taza de hoja de lata un poco del agua que contienen los pliegues de una vela; después la prueba, y con gran sorpresa mía la arroja inmediatamente.

La pruebo á mi vez y la encuentro salada, como si fuese agua de mar.

Es que las velas, expuestas desde largo tiempo á la acción de las olas han comunicado al agua que acaban de recoger un sabor extremadamente salado. Es una desgracia irreparable: no importa; tenemos confianza; además, quedan algunos cuartillos potables en la barrica, y por último, pues que ha venido la lluvia, ella volverá.